



Imágenes del racismo en México*

RESEÑADO POR FRANCISCO MENDIOLA GALVÁN**

*Dedico esta presentación al antropólogo
Marco Antonio Martínez Benavides
donde quiera que se encuentre*

Un primer acercamiento

Debo confesar que acepté comentar este libro por diversas razones que en su conjunto se relacionan con el hecho de que el racismo en México me interesa desde hace algunos años, tan es así que he estado recabando información bibliográfica y testimonios sobre un fenómeno sociocultural como es el del antichilanguismo-chilanguismo; también me centro en las expectativas que ofrece la antropología al aportar nuevos y mejores elementos que permitirán algún día desterrar las prácticas y discursos racistas en nuestro país, sobre todo aquellos que se dirigen hacia los indígenas. Ante la polisemia del término *racismo*, reconozco que experimento la necesidad de comprender con profundidad, siguiendo a Francisco Pineda autor de uno de los capítulos de esta publicación, ciertas vertientes en el marco de la violencia discursiva del racismo así como de las formaciones imaginarias sobre

este tema en México y su relación con las nociones de indio, indígena, raza o etnia como formaciones históricas de las relaciones de poder (pp. 246 y 310), de igual manera considero trascendente explorar los vínculos construidos social y culturalmente en el campo de la ética y la estética del racismo en su articulación dominante-dominado.

Pero no quiero continuar sin agradecer a la antropóloga social Lorey Servín Herrera su deferencia para con mi persona al haberme invitado como comentarista de este importante libro, esto a pesar de que ella sabe que yo no soy especialista en el tema, por lo que me asumo como un lector común y corriente, aunque sin duda interesado en varios de los campos que la antropología mexicana estudia, siendo uno de ellos, precisamente, el del racismo en sus expresiones de discriminación, segregación, rechazo y xenofobia, entre otras tantas cualidades negativas de nuestro mundo contemporáneo.

Además de ser un profano en materia de racismo, cometí en principio un error (tal vez por deformación profesional como investigador) del cual me percaté desde el momento de comenzar a escribir estas líneas, no obstante, ese aparente desacierto me permitió descubrir una gran virtud en este libro. Explico primero mi error y después la buena cualidad que le encuentro: durante su lectura me preocupé por establecer conexiones de manera recurrente con distintas fuentes bibliográficas que directa e indirectamente se relacionan con el tema del racismo, situación que me hizo olvidar, durante la revisión de sus 360 páginas, que lo que yo debía haber hecho era casi exclusivamente ubicar los elementos principales que me permitieran en lo general comentar las esencias del trabajo, es decir, que durante el trayecto fui construyendo un andamiaje por medio de referencias y reflexiones anotadas al margen del mismo y en fichas de trabajo y, de manera simultánea, fui señalando en otros artículos y libros las ideas que apoyaban o contradecían a las de la publicación coordinada por Alicia Castellanos. Queda claro que eso no estuvo del todo mal, pero hasta después tuve conciencia de que lo anterior serviría más para la elaboración de un ensayo o una ponencia, sin embargo, debo decir que capitalicé la situación en mi favor al combinar algunas de las ideas centrales del trabajo con las de otras fuentes para un futuro ensayo. De tal modo que ese relativo error me permitió encontrar una gran virtud en la obra: su lectura me fue llevando amablemente a un intenso y fructífero diálogo entre su contenido, con el de otros autores y conmigo

* Alicia Castellanos Guerrero (coord.), *Imágenes del racismo en México*, UAM/Plaza y Valdés, México, 2003.

** Arqueólogo, investigador de tiempo completo del Centro INAH-Chihuahua.

mismo, todo en torno a un tema complejo y tan delicado como el del racismo en México. El efecto particularmente bueno que experimenté al acercarme al conjunto de esta obra se da gracias a la manera en que se estructuró y manejó la información contenida en sus seis capítulos escritos al modo de grandes artículos científicos. Sus análisis y discusiones se ven apoyados por la casuística sociocultural de determinados espacios urbanos en los que el carácter multiétnico y pluricultural hace de las relaciones interétnicas un mundo complejo en el cual se encuentran acentuados los discursos y las prácticas racistas hacia los indígenas. La temática es abordada con rigor desde la óptica de la antropología, siempre con un alto sentido de responsabilidad y bajo una ética a toda prueba. En resumidas cuentas, el libro atrapa al lector desde el principio y no es para menos ante una temática con la que convivimos cada día en un ir y venir de acciones, discursos, conflictos y discusiones sobre la defensa de los derechos indígenas; por último, su significado y el sentido mismo que se le imprimió al trabajo desembocan en un espacio reflexivo que engrana con la determinación de que el racismo no debería existir más en México, firme convicción que se traduciría en evitar denigrarnos como observadores y actores del racismo. El mensaje de *Imágenes del racismo en México* es claro: no más insensibilidad al dolor que se genera al rechazar al indígena, al *otro*, al diferente, al que menos tiene. No atentemos contra nuestra propia dignidad al guardar silencio frente al racismo, porque el silencio, como dice Francisco Pineda, “aunque no habla, también significa” (p. 273).

En esta idea de soñar con aniquilar el racismo de nuestras relaciones sociales, debe tenerse conciencia de que el peso de la historia es

enorme para pensar que, en la inmediatez de nuestra existencia, el racismo en México vaya a desaparecer pronto. Libros como el que ahora tengo la grata oportunidad de comentar cumplen un trascendente papel en el ámbito de su función social: entregar a la comunidad, en un acto de reciprocidad, los resultados de investigación; la comunidad es precisamente la que contribuye con el sostenimiento de las tareas académicas sustantivas, de tal manera que los estudiosos de lo social tienen la obligación de difundir o divulgar sus conocimientos. *Imágenes del racismo en México* trasciende por sus resultados más allá del dato interesante e ilustrativo de ese fenómeno, pues brinda elementos que permitirán transformar y finalmente desterrar –a la par de otras investigaciones– las prácticas y los discursos racistas en contra de los indígenas y de las minorías en el ámbito mismo de las culturas subalternas, y eso es también porque llegamos a comprender que el fenómeno estudiado se manifiesta por medio de este libro que funciona como un espejo en el cual la sociedad se ve reflejada histórica y culturalmente en el marco de sus relaciones pasadas y presentes, lo que confirma que el racismo, como lo señala Alicia Castellanos, es un “comportamiento colectivo” (p. 135).

Por otra parte juzgo necesario tomar en cuenta que hay visiones racistas además de reduccionistas, las cuales no hacen más que reproducir y legitimar negativamente formas de opinión y de relación con la otredad, que permanecen arraigadas en el consciente y en el inconsciente colectivos y, peor aún, en las prácticas y discursos. El libro de *El mexicano enano* de Óscar Monroy Rivera (1968) es un ejemplo del resultado histórico de confundir pautas de conducta sociocultural con ideales occidentales que pretenden

imponerse desde falaces críticas hacia indígenas y mestizos bajo el pueril anhelo de transformar su idiosincrasia, actitudes que para nuestro infortunio se siguen observando desde el ángulo del análisis del racismo:

Este enano indígena, es un indio que no vale siquiera la polémica de que si hay razas superiores en verdad y razas inferiores. No es cuestión de filosofías cuando lo vemos vivir su vida [sic.]. Es un canalla exquisitamente inferior. Es un parásito que no vale ni todo junto con su huacal y su sombrero, sus huaraches y su mugre, un solo peso de esfuerzo, de ese esfuerzo que pretende realizar cualquier institución con miras de beneficiarlo. Es un auténtico degenerado que cuando no duerme con su mujer, se acuesta con sus propias hijas, o con las hijas de sus hijas... Para este enano indígena, no es eficaz ni el misionero ni el maestro, no sirven la cultura ni la bondad; no fructifica en él ni la piedad ni el amor. Su presencia es la humillación, el fracaso y la vergüenza más grande de nuestra actual historia, vivida sin dignidad ni pundonor (Monroy, 1968: 135-136).

Muchos rastros de este tipo de pensamiento, como el de este criollo, permanecen en la actualidad en distintos niveles de la práctica y del discurso. Son sesgadas interpretaciones de aire racista que buscan avalarse a través de viejas ideas como las del padre dominico Betanzos, quien en 1533, afirmó que: “no hay razón para predicar el Evangelio porque los mexicanos no son seres humanos [...] Que el indio de México pertenece al reino animal, no es posible aplicarle la definición de hombre; *animal rationalis*, ser dotado de raciocinio y de bondad” (cit. por Monroy, 1968: 130). ¿Cuál México y cuáles mexicanos para la etapa colonial si era el tiempo de

construcción en el que surgía la Nueva España? Ignorancia prístina de un personaje ciego por el odio que engendra el racismo, ese que agrede la cultura y el fenotipo indígenas (bajo de estatura, moreno, de rasgos faciales toscos, flojo, sucio, etcétera). De cualquier manera ésa es la tónica *esencial* del racismo contemporáneo, manifestada fenoménicamente de manera distinta a la del racismo de la época colonial del cual históricamente se desprende el que ahora sufren la mayoría de los indígenas en nuestro tiempo.¹

Es por todo esto que el libro de *Imágenes del racismo en México* es un grito desesperado de denuncia, las finas herramientas del análisis que el oficio de antropólogo usa lo proyectan con sensibilidad y elegancia, con valentía y absoluto convencimiento de que es urgente y necesario llegar al fondo de una cruda realidad que ya no debe seguir oculta; tiempos en los que se reconoce en público que en México: “no hay una discriminación abierta por motivos de raza o de clase, pero la discriminación velada se practica a diario en diferentes ámbitos de la vida social y sus efectos están a la vista de todos” (Serna, 2004: 47-48). Algunas de esas causas y efectos se abordan por los autores de este libro bajo las directrices generales marcadas por la coordinación de la obra que, si bien es unitaria, halla su riqueza en la diversidad de los planteamientos y en la misma articulación y complementariedad entre cada uno de los seis capítulos que la conforman. Con la intención de ser específico y de resaltar el valor de este esfuerzo editorial, destaco y comento los puntos que me parecen los más relevantes de cada una de sus aportaciones.

De lo que trata el libro y su relevancia

En el primer capítulo de este trabajo, titulado “Punto de partida”, Alicia Castellanos expone los alcances y las características del libro, justificando desde un inicio la necesidad de atender por medio de un trabajo exploratorio el tema del racismo, el cual, dice, ha sido tabú durante mucho tiempo. Siempre fue primordial constatar y describir la vigencia del racismo así como conocer sus niveles de difusión, sus relaciones con la otredad, los espacios y situaciones en las que él tiene lugar y las repercusiones en la identidad y en la cultura étnicas. El énfasis se ha puesto en el reconocimiento del racismo en sus bases sociales y simbólicas así como en sus fuentes ideológicas y culturales, que confluyen en la convicción de que existe incompatibilidad entre la diferencia étnico-cultural y fenotípica y el progreso, el desarrollo y la cultura dominante, punto de partida que, junto con la desvalorización e inferiorización, fomenta la marginación y la desaparición cultural de los indígenas (p. 15).

El estudio seleccionó los espacios urbanos, los cuales contienen un carácter y una composición multiétnica y pluricultural que los hacen ser representativos en términos de las relaciones étnicas, eligiéndose, bajo esos criterios, siete ciudades: Cancún, Mérida, San Cristóbal de Las Casas, Oaxaca, Huejutla, Ciudad de México y Chihuahua, todas con presencia indígena. Pregunto: ¿por qué los indígenas en las ciudades y su relación con el racismo?, porque esos son los espacios en los que con intensidad se gestan las relaciones interétnicas a partir de la *identidad/alteridad*, además

de que los indígenas son las principales víctimas del racismo, sobre todo ahora cuando se observa que el movimiento indígena en México se fortalece cada vez más (p. 18). En este “Punto de partida”, la autora se ve preocupada por asentar con claridad los recursos teórico-metodológicos que sirven para la comprensión de los distintos niveles de racismo ante el examen de los discursos y las prácticas que en ese sentido son dirigidas hacia los indígenas: prejuicios, discriminación, segregación y violencia (p. 27). Finalmente, para Alicia Castellanos descubrir la naturaleza del racismo oculto se convierte en un reto, ese que está al ondear la bandera de la igualdad de todos y entre todos, como recurso ideológico preferido por el Estado mexicano con el cual busca legitimar, por ejemplo, sus políticas indigenistas (cf. p. 28).

Considero también que el desafío, en el inicio de los estudios que contribuyen con el conocimiento del racismo hacia los indígenas en México, está en sensibilizar a la población no indígena y aún más a los que se hallan en las esferas del poder, esto con el ánimo de convencerlos de que continuar con su discurso y su proceder seguirá lesionando las fibras sensibles de los herederos originales de nuestra historia y cultura nacionales.

De la misma Alicia Castellanos es el segundo capítulo que lleva por título “Imágenes racistas en ciudades del sureste”. A mi modo de ver uno de sus puntos centrales –desarrollado en medio de la casuística utilizada en este artículo–, es aquel del *estereotipo* como construcción del otro, cuyas diferencias se convierten en algo intrínseco, de tal manera que se homogeneiza y

¹ Alicia Castellanos en este mismo libro afirma que: “La raíz colonial del racismo latinoamericano hacia los pueblos indios y afroestizos es indiscutible, ya que las categorías sociorraciales siguen vigentes, instrumentadas desde las nuevas formas de dominación” (p. 26).

reduce al grupo a rasgos que distorsionan su identidad (p. 37). Lo anterior se relaciona con la interiorización biológica y cultural de los indígenas, segregándolos, eliminándolos, asimilándolos, integrándolos y civilizándolos, aspectos todos que legitiman en el pasado y en el presente su explotación y exclusión. Son varios los casos sobre rebeliones y alzamientos, Guerra de Castas y revueltas que nos hablan de los espacios convulsos en el pasado. El dato histórico es invaluable para Castellanos, cuya virtud es la de proyectarlo armónicamente hacia el presente, para demostrar que los indígenas rebeldes de ayer son los migrantes de hoy, continuamente desplazados por el modelo neoliberal (cf. pp. 38 y 51).

La oscilación como recurso metodológico entre la historia y lo sincrónico hace de este ensayo la explicación más clara y diáfana de lo que es el racismo en el sureste: desde los tiempos en los que se “bestializa, barbariza y salvajiza a los rebeldes, y se difunden como cualidades intrínsecas para justificar su deportación y eliminación” (p. 58), todo lo cual sucedió en la Guerra de Castas en Yucatán, pero también con los chamulas en Chiapas y con los yaquis en Sonora. Ahora son los coletos e indígenas en constante tensión en San Cristóbal de Las Casas, así parece que el tiempo se detiene, que no existe, porque la segregación continúa: la superioridad/inferioridad entre los grupos, esas desigualdades estructurales que limitan a los indígenas sin que las mentalidades racistas y por demás etnocéntricas se hayan transformado ni un ápice. En cambio, los indígenas, a partir de 1994, se muestran más orgullosos de serlo (p. 68). Esa idea de raza en el imaginario social no desaparece y es para la autora la creencia de la superioridad/inferioridad de las culturas y pueblos (p. 71). Revísense

simplemente algunos diarios, por ejemplo, el 26 de enero de 2005 se publicó en la primera plana de *El Herald de Chihuahua* una foto cuyo pie dice: “Isabel Gardea quiere ser nutrióloga y luchar contra la desnutrición de su raza”, Isabel es rarísima y pertenece a la “raza tarahumara”, raza como dicotomía de la superioridad/inferioridad tasada por el blanco, por el no indígena. También está la exaltación estereotipada del indígena en los murales que adornan y reafirman las grandezas de la historia nacional, para eso el indígena sí es útil, porque es la representación de la raíz ancestral que contribuye a crear un sentido de comunidad nacional y regional interna y externamente (cf. p. 82). Es la falsa fachada que bien adorna al país pero que de manera simultánea desangra a sus indígenas tras las bambalinas del teatro nacional. Son los indígenas, para Castellanos, los sujetos más excluidos, deshumanizados en aras de justificar el condenarlos a las relaciones asimétricas con el poder y sus demás actores (p. 91) y el estereotipo permanece, porque conviene que al turismo se le muestre un pasado indígena glorioso, por ejemplo, la civilización maya, esa que nos asombra por sus zonas arqueológicas donde el turismo se regodea, pero hoy, en la Ruta Maya “los pinches indios apestan”, no así su folclore y sus tradiciones regionales: jarana y comida yucatecas, y es como dice Alicia Castellanos: “...pasado y presente estereotipados en un solo tiempo, telescopiados en un tiempo único” (p. 95). Antes, la cultura maya, ahora, los mayas, mayeros, mayitas, nacos, toscos, los indígenas carentes de cultura (p. 94). Castellanos reafirma que la diversidad sociocultural de esas ciudades son un valor no reconocido como patrimonio para el desarrollo humano, pero sí para el turismo y no para los indios (cf. 134).

Imágenes formadas por los estereotipos y las relaciones interétnicas, permanentes imágenes racistas en espacios urbanos en donde el tiempo se detiene.

En el capítulo “Discriminación laboral y segregación espacial en ciudades del sureste mexicano”, de Dolores París Pombo, destacan aspectos que enumero y comento con brevedad. La aportación posee un carácter sociológico muy relevante en el manejo de variables de migración y ocupación de los espacios urbanos en los cuales la desigualdad socioeconómica está ligada directamente a lo que la autora llama pertenencia étnica, es decir, que “indígena significa casi siempre ser pobre” (p. 144). Después de exponer los datos que reflejan las condiciones desfavorables en términos de discriminación laboral y estratificación socioespacial para los indígenas de ciudades del sureste como son Mérida, Oaxaca y San Cristóbal de Las Casas, fijé mi atención en algo que París designa como el *argumento estético de ciertos mestizos en relación con las “manchas de pobreza” que afean la ciudad* (p. 173). Este “argumento” se relaciona con la estética entendida de manera kantiana, en el sentido de belleza excelsa vinculada con el placer de lo agradable; la estética es producción de efectos emotivos de significado sensibles (Mandoki, 1992: 244 y 246) de tal modo que, bajo esta idea, lo feo, lo grotesco y lo sucio resultan ser estéticos: los espacios ocupados por vendedores ambulantes indígenas en las ciudades por lo general se califican con adjetivos como los arriba citados, sin embargo, su estética se encuentra al mismo nivel que la que poseen los espacios de las residencias en donde viven las clases dominantes. Esta visión erradica la diferencia, relativiza los adjetivos y sensibiliza a quien asume que existe un valor para cada uno de los espacios vivos



del conjunto urbano, con ello, las posibilidades de que el racismo se vea atenuado se hallan muy cerca de ser una realidad, aunque el racismo hacia los indígenas que habitan los espacios y territorios en las ciudades no desaparezca del todo, entonces, fuera de todo cliché, es una cuestión de enfoque.

El capítulo “Visiones y discursos sobre los rarámuri en la ciudad de Chihuahua”, de Loreley Servín Herrera y Aída Isela González, plasma y ofrece una serie de percepciones que actores no indígenas expusieron sobre los actuales rarámuri en la ciudad de Chihuahua. Considero que este artículo es de gran trascendencia por ser pionero en el campo de los estudios sobre racismo en el norte de México; los datos que proporciona son sumamente útiles para comprender con mayor profundidad las formas de relación intercultural entre indígenas y no indígenas, cruzándose con ello el significado de los aspectos que encierra la migración rarámuri a la ciudad. Los estereotipos y las idealizaciones del chabochi (mestizo u hombre blanco) hacia los rarámuri han comenzado, a través de este estudio, a deconstruirse: el simple hecho de elaborar y aplicar entrevistas a una pequeña muestra de actores no indígenas –que no por ser

pequeña deja de ser relevante en términos de que son las primeras entrevistas que se hacen sobre el sentimiento urbano acerca de los rarámuri– no sólo no pone en entredicho el uso excesivo del emblema de “nuestros tarahumaritas” que en diversos objetos quedan plasmados (placas vehiculares, propaganda, premio Teporaca, etcétera) sino que también ha comenzado a enfrentar a los actores no indígenas a una realidad cuya vertiente es por completo desconocida en este contexto urbano y que es la del racismo y la discriminación hacia los “indígenas chihuahuenses”. A decir de Servín y González, la convivencia urbana entre rarámuris y no indígenas ha generado “sentimientos encontrados: por una parte se les considera como población que es símbolo representativo y de orgullo chihuahuense, y por la otra, se les etiqueta como población reacia para incorporarse al ‘progreso occidental’ ” (p. 186). Visiones y discursos se expresan bajo afirmaciones tales como “cultura atrasada”, “raza inferior”, “flojos”, “sucios y feos tanto por su fisonomía como por el color de su piel”, lo que alude no sólo a la estética occidental de la belleza en contraposición a la fealdad de esos estereotipos, sino también, y aún más grave, al sen-

tido de proyección racista por parte de quienes no son rarámuri; estos últimos no dejan de ser vistos en un vaivén de extremos como menores de edad desamparados: “nuestros inditos”, “comadritas”, “compadritos” o “gobernadorcillos” hasta llegar a los calificativos de “indios huevones o pata rajada” (pp. 192 y 200). No obstante, también se palpa una naciente conciencia sobre el racismo hacia los rarámuri, y un reconocimiento de la inexistencia de un modelo educativo intercultural dentro del sistema de educación para estos indígenas (p. 208). Para completar el cuadro y continuar en un futuro con estas aproximaciones, considero necesario conocer la voz del indígena rarámuri, pues él es la víctima principal del racismo, de igual manera es importante preguntarse cuántos tipos o qué niveles de racismo y discriminación existen en el estado de Chihuahua, tomando en cuenta que hay distintos contextos culturales, urbanos y rurales (sierra, frontera y desierto) donde los rarámuri se desplazan y viven.

Francisco Pineda escribe el capítulo “La representación de ‘indígena’. Formaciones imaginarias del racismo en la prensa”. Es un ensayo muy fino que desenmascara los hilos más ocultos del racismo hacia

los indígenas en la información de la prensa y que es descubierto mediante el análisis del discurso y de la semiótica de la cultura, entendidas éstas como las herramientas que permiten observar y conocer de manera específica los procesos socioculturales y políticos desde la perspectiva de las significaciones (p. 234). El autor se valió de 769 recortes de prensa de *El Herald de Chihuahua*, del *Novedades de Quintana Roo* y de *El Diario de Yucatán*, para obtener fragmentos con representaciones racistas de los pueblos originarios de cada uno de estos estados (p. 230). Los aspectos teórico-metodológicos son con certeza complejos, tanto como lo es la afirmación de que “Para deconstruir el discurso del racismo hay que trabajar sobre los códigos del poder, porque el discurso racista habla menos del referente, la población racializada, que de las relaciones de poder codificadas racialmente; dice más del racista y sus mitos que de aquello que dice tratar” (p. 234), así que es recomendable su cuidadosa lectura, tomando en cuenta todas y cada una de las terminologías, categorías y conceptos que el autor define y desmenuza finamente como son, por ejemplo, las del “indio” del presente y sus resonancias simbólicas del pasado, utilizando de modo magistral el caso de los apaches en Chihuahua; así también las de indio, indígena, raza y etnia, comprendidas éstas como formaciones históricas de las relaciones de poder; y más específicamente raza e indio, como una sola noción en términos de la “etnización” de la fuerza de trabajo. El autor aplica en el análisis del discurso racista histórico y presente ejes tales como los de ajeno/propio; inferior/superior

y atraso/progreso y obtiene una información de prensa relacionada con una declaración de un ex funcionario en donde se indica que la colaboración de los tarahumaras con los narcotraficantes pone en peligro los valores y la cultura de esta etnia.² El análisis de la nota periodística permite a Pineda ubicar a ese antiguo coordinador como un “custodio de los valores y de la cultura rarámuri”, rasgo central de lo que es la “imagen del indígena como inferior y el funcionario como superior” (pp. 280-281). Por último debo señalar que la aportación de Francisco Pineda es incuestionable al ser un faro de luz que indica los puntos en donde se hallan las formaciones imaginarias del racismo en México y en los que él ofrece explicaciones sobre los estereotipos deformadores de la identidad indígena.

El último capítulo del libro se titula “Relaciones interétnicas en la ciudad de México”, de la pluma de Cristina Oemichen. Su escritura es fresca y transparente al abordar la persistencia étnica de los mazahuas que viven en la capital de nuestro país y en la que se entablan vínculos con la sociedad receptora y se analiza con ello las relaciones interétnicas. La identidad indígena es ocultada por los propios actores mazahuas para evitar así la discriminación por parte de quienes no son indios. Oemichen explica que esto “se debe a que la categoría indígena comporta identidad negativa que resta posibilidad de vida a sus portadores y los inhabilita para la plena aceptación social” (pp. 323-324). Los mazahuas buscan pasar inadvertidos –sin muchas veces lograrlo– porque tratan de evitar ser víctimas de la discriminación, esa que segrega al otro y que le niega

sus derechos. Finalmente esto es racismo, mezclado, a decir de la autora, con el clasismo, ya que las relaciones interétnicas en la Ciudad de México se imbrican con las de clase (p. 326). El Distrito Federal, como una gran urbe pluriétnica y multicultural, ofrece una gran complejidad para el campo del análisis de las relaciones interétnicas, pero también su diversidad étnica conlleva una fuerte discriminación de las colectividades culturales “originarias” y por lo tanto una lucha denodada por los espacios urbanos.

Un comentario final

Como lo he señalado, este libro es una aportación fundamental para el conocimiento del racismo en México, sin embargo, considero que debe trabajarse incluyendo la mirada y la voz de los indígenas, dejando así que ellos, en lo posible, interpreten lo que nosotros decimos que es racismo o lo que entendemos por discriminación, así tal vez dejemos de reproducir relaciones de dominación y exclusión. Son ellos, como víctimas del racismo, quienes tienen la última palabra.

Bibliografía

- MANDOKI, KATYA
1992 “El poder de la estética”, en *Arte y Coerción*, Primer Coloquio del Comité Mexicano de Historia del Arte, Instituto de Investigaciones Estéticas-Universidad Nacional Autónoma de México, México, pp. 243-251.
- MONROY RIVERA, ÓSCAR
1968 *El mexicano enano*, Editorial Diana, México.
- SERNA, ENRIQUE
2004 “Los cobradores”, en *Nexos*, año 26, vol. XXVI, núm 322, octubre, pp. 47-50.

² Declaración emitida en el año 2000 por el señor Lorenzo Nateras Navejas, en ese entonces titular de la Coordinación Estatal de la Tarahumara (Coordinadora de la Tarahumara).